



RUDOLF BULTMANN (1884-1976)

Una semblanza del teólogo luterano

Por Alberto F. Roldán

La figura de Rudolf Bultmann dentro de la constelación de teólogos del siglo XX ha sido siempre muy controversial y motivo de acaloradas polémicas. Su pensamiento, sin embargo, merece ser rescatado ya que constituye uno de los esfuerzos más sinceros, honestos y científicos que ha dado la teología contemporánea. Es posible que los malentendidos que sus ideas han suscitado se deban, por un lado, a raíz de hacerse eco de las críticas feroces que le han propinado los fundamentalistas, las objeciones de otros teólogos como Karl Barth, y, por otro lado, la poca predisposición a leer sus propias obras “sin prejuicios”. Justamente, hablar de los “prejuicios” es —como podemos ver en el artículo “¿Es posible la exégesis sin presuposiciones?”¹— tocar un tema caro a los intereses del propio Bultmann. En este breve ensayo nos proponemos dar una semblanza del teólogo Rudolf Bultmann, destacar sus aportes y mostrar que, más allá de las incoherencias que su pensamiento pudo haber expresado, es uno de los teólogos más importantes e incisivos del siglo XX.

Datos biográficos:

Rudolf Karl Bultmann nació el 20 de agosto de 1884 en Wiefelsted, Alemania. Perteneció a una familia religiosa de confesión luterana, de modo que desde niño estuvo vinculado al ámbito de la religión y la teología ya que su padre era pastor. En 1903 comenzó sus estudios teológicos en Tubinga, pasando después a Berlín y a Marburgo

¹ Disponible en http://www.teologos.com.ar/arch/es_posible_exegesis_sin_presuposiciones_Bultmann.pdf

donde obtiene su doctorado en 1910. Desde 1916 hasta 1920 vivió en Bratislava, capital de Eslovaquia, para radicarse después en Giessen y Marburgo, ciudad en la que falleció el 30 de julio de 1976.

La teología de Bultmann y su recorrido histórico:

Un breve recorrido por sus libros y obras publicadas dará una idea de los intereses de Bultmann a los que dedicó apasionadamente. En 1921 publicó su obra: *Historia de la tradición sinóptica* donde revela su herencia liberal en el uso del método histórico crítico. Luego, toma distancia del liberalismo para alinearse con la teología dialéctica liderada por Karl Barth. Pero eso no fue definitivo, porque ambos teólogos tenían posiciones diametralmente opuestas en algunas cuestiones. Por caso, Barth nunca entendió y mucho menos aceptó el proyecto de “desmitologización” o “desmitización del Nuevo Testamento” encarado por Bultmann.² En 1926 publica *Jesús*, y años más tarde, en 1941 el exégeta luterano da a conocer su trabajo *Nuevo Testamento y mitología*. “Mito”, para Bultmann, es un resabio de la época precientífica que rodea o enmarca el *kerygma*, es decir, la proclamación del Evangelio. Bultmann, hombre honesto y bien intencionado, observa que esa mitología primitiva (ángeles, demonios, universo de tres pisos, etc.) se constituye en un serio escollo para que el hombre moderno acceda al mensaje. Y, para él, el verdadero escándalo no está en esos mitos, sino en la cruz de Cristo. El verdadero escándalo es la cruz.

Una etapa clave en el desarrollo de la teología de Bultmann lo constituye su relación con Martin Heidegger. Ambos trabajaron juntos en Marburgo, Bultmann enseñando Nuevo Testamento, Heidegger enseñando teología. Sobre este fructífero período, dice Maldonado:

Toda la estructura del pensamiento bultmanniano [...] es de corte circular-involutivo. Y se mueve en la polaridad de lo implícito y lo explícito (pre-comprensión y comprensión). Esto no es casualidad sino influencia directa que Bultmann recibe de Heidegger en la época feliz de su coincidencia y

² Véase *Correspondencia Karl Barth-Rudolf Bultmann 1922-1966*, Bilbao: Descleé de Brouwer, 1973. En una carta fechada en Marbrug en noviembre de 1952, Bultmann le escribe a Barth: “Ante usu constatación (o queja) de que sea tan difícil comprenderme podría preguntar yo mismo: «¿me comprendo a mí mismo?» Puesto que yo no sabía cuando me puse en el camino de la desmitologización a dónde me conduciría el camino, aunque creía ciertamente que estaba en esa dirección. [...] se trata de una reflexión ontológica y pienso que esto aparece claro en el artículo sobre la confesión cristológica del Consejo Euménico y de la llamada «Toma final de postura».” *Ibid.*, p. 152. El 24 de diciembre de 1952, Barth le responde desde Basilea en una carta en cuyo contenido dice: “Según las convicciones de ambos no se puede discutir que «Jesús vive». Pero, como teólogo, se puede pensar o dejar de pensar desde esa perspectiva sobre eso «objetivo». Yo no sólo no quisiera dejar de hacerlo sino positivamente hacerlo. Y por eso yo tengo preocupaciones distintas de Vd. Por eso también para mí todo el problema del kerigma y del mito es una cuestión de segundo orden.” *Ibid.*, p. 177.

convivencia en Marburg, cuando los dos organizaban seminarios conjuntamente, antes aún de la aparición sonada de *El Ser y el tiempo* (1927).³

La influencia de la filosofía de Heidegger en el pensamiento de Bultmann se hace evidente especialmente en su obra: *Teología del Nuevo Testamento* en la propia estructura del libro. Algunos de los párrafos así lo revelan: “La fe como escuchar la Palabra”, “La fe como existencia escatológica”, “La $\xi\alpha\rho\iota\zeta$ como acontecimiento” y el énfasis recurrente en la “decisión” ante la cual nos confronta el kerygma. Según un diálogo mantenido por Luis Maldonado con Heidegger en 1956, el propio filósofo alemán reconoció que Bultmann intentó una empresa similar a la que en el siglo XIII encaró Santo Tomás, es decir, reinterpretar la teología bajo el prisma aristotélico. En el caso de Bultmann, era “incorporar las categorías forjadas por el existencialismo para vertebrar, articular, elucidar la teología contemporánea.”⁴

En el plano de lo ideológico, ambos pensadores se ubicaron en las antípodas. Mientras Heidegger no se pronunció en contra del nazismo hitleriano, Bultmann no incursionó en la iglesia de los “cristianos alemanes”, funcional al sistema y decidiendo, en cambio, mantenerse en la Iglesia confesante, a la cual pertenecieron también Barth y Bonhoeffer entre otros. El filósofo argentino Víctor Massuh –fallecido en noviembre de 2008– cuenta que luego del fin de la Segunda Guerra Mundial tanto Bultmann como Jaspers aconsejaron a Heidegger a que se retractara de su ambigua posición en cuanto al nacional socialismo. “En ese momento –agrega Bultmann– el rostro de Heidegger se petrificó. Partió sin decir una palabra.”⁵

³ Luis Maldonado, *El menester de la predicación*, Salamanca: Sígueme, 1972, p. 40.

⁴ *Ibid.*, p. 42

⁵ Víctor Massuh, *Agonías de la razón*, Buenos Aires: Sudamericana, 1994, p. 38.



Martin Heidegger y Rudolf Bultmann

El aporte principal de Bultmann entendemos que radica en el campo de la hermenéutica bíblica. Su interés por ese campo de conocimientos ya se pone de manifiesto en su ensayo “El problema de la hermenéutica” (1950) donde analiza el camino recorrido por ella desde Wilhelm Dilthey y llegando a Heidegger, de quien dice:

El problema de la comprensión ha adquirido una claridad decisiva al presentar Heidegger la comprensión como algo existencial, a través de su análisis de la interpretación como desarrollo de la comprensión; pero, sobre todo, gracias a su análisis del problema de la historia y de su interpretación de la historicidad de la existencia.⁶

Más allá de sus aciertos y sus errores, más allá de su tendencia a poner en duda el carácter histórico de algunos aspectos del mensaje del Nuevo Testamento –que le valieron las críticas de teólogos como Karl Barth, Oscar Cullmann y, más recientemente Pannenberg y Moltmann– la figura de Bultmann debe ser reconocida como la de un teólogo sincero y un pastor interesado por facilitar el acceso al mensaje del Evangelio para el hombre moderno. En el fondo de la cuestión, su pasión teológica estaba fuertemente motivada para que el Jesús histórico se tornara en un Jesús actual que, al salirnos al encuentro, nos forzara a una decisión de fe que afecte toda nuestra existencia en el mundo.

Alberto F. Roldán

Buenos Aires, 27 de octubre de 2009

⁶ Rudolf Bultmann, “El problema de la hermenéutica”, *Creer y comprender*, vol. II, Madrid: Studium, 1976, p. 187.